

Prólogo

Los procesos mentales que pueden poner en marcha la decisión de dedicar durante un cierto período de tiempo (mucho más del que nadie se piensa) el esfuerzo, trabajo y empeño de un investigador concreto al estudio de un tema, son tan diversos que vano e inútil resultaría intentar expresarlos en estas líneas prologales.

Sin embargo, en este caso, en el que el resorte que dispara el mecanismo es un fragmento material de nuestro patrimonio que, además se inscribe como elemento —no necesariamente esencial— de un paisaje; en este caso en el que, además, la previa convivencia con el protagonista —el autor— le permite a uno un cierto conocimiento de sus sensibilidades culturales y de sus procesos emotivos...; en este caso pudiera ser legítimo atreverse a imaginar la situación de inicio, el punto de partida más remoto de lo que hoy el lector tiene en sus manos convertido en un valioso puñado de páginas impresas.

Y ese punto de partida lo imagino así: Francisco Cabezas, impulsado en parte por sus inmensos sentimientos afectivos hacia el territorio del pueblo que le vio nacer, en parte por su curiosidad científica y cultural —ora a pie, ora en bicicleta, ora en moto— recorre una vez más de tantas, centímetro a centímetro el término municipal de Aguilar o, lo que es lo mismo, los dominios de aquellos legendarios Ipagro y Bulay.

Resultado de este largo proceso de permanente “nomadismo” científico-cultural es el conocimiento (debidamente fotografiado) de un territorio en el que nada le es ajeno: sendas y caminos, olivares y viñas, cerros, colinas y camorras, fragmentos supervivientes del viejo monte mediterráneo, casas rurales, lagunas, arroyos y ríos con sus bosques de ribera más o menos conservados... Aparentemente, a su retina, como a su cámara fotográfica, nada le es nuevo ya.

Pero una cosa es el conocimiento de la existencia de algo y otra, muy distinta, es la comprensión y explicación. Y en ese sentido, desde la primera vez que lo visualizó, un elemento del paisaje tan sencillo y modesto como es un pequeño puente le provocó una observación un tanto más detallada, le condujo a constatar realidades y a plantearse interrogantes:

- Es un puente antiguo..., muy antiguo.... Pero ¿de cuándo exactamente?
- ¿Quién lo construyó? ¿Con qué técnicas exactamente? ¿Es, de verdad, como la gente dice, un puente romano?
- Su relación con el río Cabra es evidente, pero ¿por qué está ahí, aislado en tierra firme, en un lugar en que ya no hay río?
- A su alrededor hay salinas y hay un histórico molino harinero ¿tienen estos dos elementos algo que ver con el puente?

Y así, con origen en los interrogantes emanados de la visión directa de la realidad construida, al tiempo que en otros precedentes de las alusiones a puentes y vados que, en el deambular por la documentación histórica, nuestro autor se fue encontrando, el *Puente Viejo de las Salinas* o *Puente de Vado Castro*, junto con su entorno fluvial más inmediato, fueron conformando un argumento interpretativo que superará con mucho lo propiamente arquitectónico (el puente), su entorno físico (el río y sus riberas), para conducir a todo un análisis de las condiciones de las vías de comunicación en las distintas etapas históricas; y ello sin renunciar en determinados momentos a ciertas incursiones de carácter filosófico inherentes a cuanto de existencial y vital existe en el análisis de un objeto

cuya esencia es el facilitar el paso entre dos orillas, el tránsito permanente y continuo; y, por contrapartida y en su ausencia, su contrario y opuesto: el aislamiento, la inmovilidad y la imposibilidad de comunicación e intercambio.

Todo un mundo de diversidad y variedad, pensará el lector, en torno a un pequeño puente; y ese lector acertará, porque efectivamente el “conocimiento integral” es la clave del contenido del librito que presentamos y de la perspectiva con que su autor ha abordado el estudio sobre este sencillo elemento patrimonial.

En principio, pudiera uno pensar, un puente es sólo una construcción determinada; y el estudio sobre un puente habría de versar sobre el análisis más o menos profundo de su materialidad (piedra, ladrillo, argamasa...), de las técnicas constructivas empleadas, de los estilos aplicados, de los diferentes elementos del puente, etc...; pero en el caso que nos ocupa el puentecillo es algo más; o mejor dicho, su estudio va más allá: persigue traspasar la realidad misma para penetrar en todo un mundo de interrelaciones que enlazan con la historia, con la economía y con la sociedad de Aguilar de la Frontera. Un breve recorrido compilatorio del contenido capitular de la obra aseverará cuanto escribo.

Tras el planteamiento del proyecto de trabajo, el lector encontrará una magnífica interpretación de la geografía física del lugar que sirve de escenario a los dos protagonistas esenciales de la obra: el río Cabra y el *Puente de Vado Castro*. El esfuerzo desarrollado en ese sentido considero que ha obtenido unos resultados francamente espléndidos, en cuanto que ha puesto al descubierto y explicado con solvencia y claridad cómo, ante una realidad geológica concreta, las dinámicas actuantes en el valle fluvial (dinámica de las vertientes y dinámica del propio comportamiento hidrológico del río) generan un mundo caracterizado por la ausencia de un soporte geológico firme y sólido, un mundo de inestabilidad, en el que la constante es la movilidad, los deslizamientos continuos de materiales.

La muy coherente interpretación geográfica aportada no puede entenderse como un complemento al estudio arquitectónico o histórico, sino que resulta consustancial a él, en cuanto que aporta el origen más remoto y

profundo en que se basan todos los demás hechos: un río con un grado alto de torrencialidad estacional, que discurre por un soporte geológico poco coherente (los materiales triásicos), escurridizo y muy plástico; es decir, el escenario ideal para que periódicamente las crecidas vayan minando el soporte de las laderas y, con los derrumbamientos consecuentes, al tiempo que en algunos lugares se acrecienta en profundidad el tajo labrado por el río, en otros queda sepultada -por consiguiente inutilizada- cualquier infraestructura construida por el hombre para el paso entre ambas orillas.

El capítulo tercero se dedica precisamente a un argumento que, posiblemente con un grado de lógica más que aceptable, podría considerarse como accesorio y complementario al estudio y análisis de un puente, pero que Francisco Cabezas acaba convirtiendo también en algo consustancial y fundamental: las vías de comunicación. El minucioso recorrido por la situación de las comunicaciones en España, en Andalucía y en la comarca de Aguilar, realizado a través de las distintas etapas históricas, resulta francamente completo y muy explicativo de las realidades históricas que irán acaeciendo: etapa prerromana y romana, Edad Media, período musulmán... hasta desembocar en los siglos XVIII y XIX, todos estos momentos son analizados con rigor y brillantez, sacando a la luz conclusiones que, aunque ciertamente interesantes, no siempre representan la imagen del pasado esplendoroso que deseamos para nuestra patria chica.

En este sentido, Francisco Cabezas pone de manifiesto cómo la existencia de una antiquísima vía que, pasando por Ipagro, comunicaba Córdoba y Antequera, no es obstáculo para que, inmediatamente después, el núcleo urbano de Bulay-Aguilar entre en una larguísima etapa de aislamiento que, ni por razones físicas o históricas, resulta fácil de explicar y comprender; pareciera como si, obstinadamente, las vías de comunicación se negaran al paso por Aguilar de la Frontera. La existencia de un determinismo histórico, impulsado desde la etapa en que nuestro territorio fue frontera -y por tanto espacio inseguro y peligroso-, apoyado igualmente en el hecho físico de las dificultades prácticamente continuas que ofrecía el paso

del río Cabra en las proximidades de Aguilar, son las únicas explicaciones que se nos ocurren para justificar (al menos en parte) ese aislamiento.

Podría aducirse ante tal explicación que la importancia social, económica y política del señorío de Aguilar y de sus titulares, bien podrían haber actuado como contrapeso positivo frente al aislamiento; pero en este sentido hay que recordar que la centralidad de Aguilar respecto al señorío se perdió recién pasada la Reconquista, a lo que se une una actitud no precisamente diligente de la casa señorial en el cumplimiento de los deberes de mantenimiento y reconstrucción de los puentes que, como contrapartida al aprovechamiento de las aguas del río, había adquirido.

¡Siglos costó...! Pero finalmente, aquella vía Córdoba-Antikaria por Ipagro se recuperó con el paso por Aguilar del trazado de la decimonónica carretera Córdoba-Málaga. Sin embargo, a veces, la terquedad de la historia resulta difícil de vencer, porque la maldición del aislamiento siguió rondando entonces: en la mesa de los proyectistas y en la mente de los programadores estuvo de nuevo un trazado alternativo (felizmente arrinconado) que hubiera dejado a Aguilar marginada respecto a la nueva vía de comunicación, tan importante en la segunda mitad del XIX y durante todo el siglo XX.

El capítulo cuarto se dedica al minucioso estudio material del puente mismo, abordando una descripción detallada y precisa, al tiempo que un análisis técnico de todos y cada uno de los elementos del puente; encuentran cabida aquí los caracteres constructivos, los materiales utilizados, los interrogantes sobre la cronología del puente original y de las posibles etapas del mismo, la detección y localización de los indicios de casi seguras reconstrucciones, etc.; y todo ello aunando y compatibilizando la claridad expositiva con el uso de un lenguaje preciso e impecable, así como de una terminología técnica y arquitectónicamente exacta y rigurosa.

Teniendo como presupuestos básicos los que hasta aquí se han ido presentando, el capítulo quinto entra de lleno en la interpretación histórica del elemento arquitectónico mismo —el puente— y de su sentido y significación en el entorno inmediato y en el del territorio de Aguilar. En este sentido, la conclusión de que no es un puente romano —obtenida tras

la comprobación de las disimilitudes con el que se tiene por tal modelo— encuentra continuación explicativa en el manejo e interpretación de las fuentes documentales escritas conservadas en los Archivos Municipales.

Acaba convirtiéndose así éste en el capítulo nuclear del libro, pues como resultado de un proceso por el que lenta y minuciosamente se van desgranando las alusiones y menciones históricas conservadas, se obtiene la imagen bastante cierta del estado y comportamiento del río, del lugar por donde transita y de los vados o lugares posibles que permitirían cruzarlo, de la necesidad durante los siglos XVI y XVII de un complejo de puentes (eran en realidad dos) para acceder a la población en la época de altas aguas del río Cabra, de la consideración y análisis de la situación en el siglo XVIII y del proyecto (elaborado por Prieto, s. XIX) con lo que se consideraba podría ser la solución definitiva... Y así hasta llegar al momento de la construcción de la carretera Córdoba-Málaga, en cuyo contexto nacional se inscribirá una solución al secular problema de superar el escalón existente entre la orilla derecha del río y el casco urbano de Aguilar, solución que permanecerá vigente durante un siglo y medio.

En síntesis, y como conclusión de urgencia para el lector, nos encontramos ante un trabajo de investigación que, pequeño en sus dimensiones, encierra sin embargo una grandeza intelectual ciertamente apreciable. Conste, en primer lugar, como aval de esta afirmación el esfuerzo interdisciplinar desplegado por el autor, quien ha logrado culminar un estudio en el que, utilizando como punto de partida una reliquia arquitectónica (*el Puente de Vado Castro*), ha sabido derivar hacia una interpretación integral del territorio, incluyendo por supuesto los aspectos humanos y sus problemáticas, ya sean históricos, ya sean económicos y sociales.

Y todo ello como producto de la inicial valoración que del patrimonio tiene el autor, patrimonio concebido —y por ello mismo admirado y respetado— en cuanto fruto del esfuerzo histórico de muchas generaciones. En cada una de las piedras que se conservan del viejo puente —y en todas las que, arrastradas por las crecidas, ya no subsisten— está la huella de nuestros antepasados y predecesores, huella a veces física y huella siempre socialmente emotiva, pues no en vano lo que subyace en el fondo es la

lucha secular de un grupo humano –el pueblo de Aguilar– para conseguir algo tan elemental –y a la vez fundamental– para su supervivencia como es la fluida comunicación de personas y mercancías.

Y todo este mundo de realidades materiales y sensaciones psico-sociales ha sabido extraerse –de ahí el mérito del libro que presentamos– de la observación, estudio e interpretación de un resto arquitectónico que, en su modestia y sencillez, alberga la grandeza de haber sido el testigo mudo de toda una problemática natural y física, a la vez que histórica (más de veinte siglos por medio) y económica. De ese estado de mutismo ha sido sacado por Francisco Cabezas, quien ha hecho hablar al *Puente de Vado Castro*, poniéndole en condición de contarnos –en algunos casos con mucha prolijidad y detalle– muchas de las vicisitudes experimentadas en la necesaria aventura de comunicar ambas orillas del río, aventura en la cual este pago agrario conocido como “Los (o las) Puentes” ha sido de vital importancia.

La felicitación por todo ello al autor debiera entenderse en dimensiones y envergadura proporcional al honor que el que suscribe experimenta al responder a la invitación del autor escribiendo este prólogo.

José NARANJO RAMÍREZ

Universidad de Córdoba

Real Academia de Córdoba